

## **El Cuerpo del Señor**

Por Bishop Daniel E. Flores

*Publica, lengua, y canta el misterio del cuerpo glorioso:* La iglesia se llena de alegría al prestar su atención piadosa al misterio de la verdadera y real presencia del Señor Jesús dentro de su Iglesia. La Fiesta *del Corpus*, como decimos, celebrada este año el día 6 de junio, sirve para recordarnos que entre todos los misterios enseñados, apreciados y transmitidos por la Iglesia, el misterio del Cuerpo y la Sangre del Señor nos pone en contacto con el misterio cardinal de la vida católica. Amar a Jesús sacramentado nos impulsa a crecer en el amor que Él nos ofrece en el Sacramento.

Cuando la muchedumbre de antaño encontraba con el Señor Jesús predicando en la plaza, o lo veían caminando entre la gente, lo podían ver porque era hombre. Con tiempo muchos percibieron algo no precisamente perceptible por medio de ojos físicos. Llegaron a confesar la identidad de Jesucristo como Dios Verdadero y Hombre Verdadero. “*Mi Señor y mi Dios,*” dijo Tomás el apóstol cuando, después de la resurrección, vio a Jesucristo.

La divinidad del Señor Jesús viene siendo una realidad a la vez ocultada y manifestada por el cuerpo visible del Señor. Todos vieron su cuerpo físico, solo los discípulos vieron y amaron la identidad divina más allá de lo visible. Una vez percibiendo por la fe la identidad de Jesús, los discípulos se dieron cuenta de que en el hombre Jesús habían encontrado a Dios mismo. Cuando lloró Jesús al visitar la tumba de Lázaro, salieron aquel día las lágrimas del Señor Dios. Cuando el Señor tocó los enfermos, recibieron aquellos dichosos el tocar de la mano humana de Dios. Al fin y al cabo somos salvados por este misterio; la sangre de Cristo derramada en la Cruz era la sangre del Hombre que era Dios – ¿osamos decirlo? – su sangre es la sangre de Dios.

El Señor Jesús vino en su propia persona cuando fue concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María. Viene también cuando el sacerdote invoca el Espíritu Santo sobre el pan y el vino durante la Misa; por medio de esta acción del Espíritu Santo, el Señor Jesucristo se hace palpablemente presente. Por eso podemos decir que el misterio Eucarístico, el misterio celebrado el día del Corpus con atenta devoción, la Encarnación del Verbo de Dios se hace presente en nuestro tiempo.

¿Pero, de que se trata esta presencia? El Señor Jesús, aún antes de su sacrificio en la cruz, se dedicaba al darnos su propia persona. Su presencia era siempre una presencia *por nosotros*. De igual manera la presencia del Señor siempre es una presencia *por nosotros*. Adorado en la custodia, o reconocido en el tabernáculo, la presencia del Señor es la presencia de Él que siempre se da, el que siempre da su propio ser *por nosotros*. Es justo apreciar que aún fuera de la Misa, la

presencia de Jesús sacramentado es una presencia del amor sacrificial dada desde la Cruz, el cual se hace actual durante la Misa.

Por medio de este misterio el Señor alcanza tocarnos en lo más profundo de nuestro ser. Nos toca con el amor sacrificial que es el sello singular de su persona. El Señor no solamente nos dejó una presencia, sino que nos la dejó precisamente bajo la seña de su sacrificio. Nos dio su cuerpo y sangre en momentos distintos de la última Cena para señalar este sacrificio: Su cuerpo dado *por nosotros*; su sangre derramada *por nosotros*. Por esta razón, cuando tomamos este misterio, tomamos la vida misma de Dios, vida generosa, caritativa, don dado *por nosotros*. Él comparte el dinamismo de su amor por medio de su presencia sacramentado.

Le ruego a Dios que los fieles siempre consideren la presencia real del Señor en el Sacramento como una gracia maravillosa, y un don dirigido a la infusión del amor de Dios dentro de nuestros corazones. Respeto y reverencia hacia el Cuerpo del Señor muestra vivamente la vida Católica.